

La Peste

Albert Camus

Les Éditions Gallimard, 347^e édition

1955

Andy Delgado Blanco* pp. 175-179

¿Por qué seguimos leyendo *La Peste* 75 años después de su primera edición? sobre todo cuando su autor la consideraba una obra fallida, que no se le parecía, y dejó reposar el manuscrito en una gaveta mientras la II Guerra Mundial alcanzaba su cenit; hasta que, un año después de su fin, en 1946, la entregó, con reticencia, para su publicación. Insignes escritores la consideran una obra menor: «mediocre», sentencia Vargas Llosa. A la luz de las circunstancias actuales, una primera respuesta a la interrogante preliminar podría ser la pandemia que desde 2020 nos agobia con este largo confinamiento al que hemos sido sometidos como medida profiláctica. Sin embargo, esta afirmación no explica por qué no ha sucedido lo mismo con obras como *La Peste Escarlata* de Jack London o *Diario de una peste* de Daniel Defoe, que además de tratar el tema, sirvieron de insumo a Camus para escribir su novela.

Defoe con su prolija descripción de lo ocurrido en Londres y sus alrededores, durante los años que van entre 1664 y 1666, cuando la peste bubónica arrasa y se cobra innumerables vidas, nos cuenta las tragedias personales, familiares y colectivas, detalla los casos en las diferentes parroquias, las formas de contagio, los daños económicos, el cierre de fronteras, las luchas entre los pobladores y las medidas de las autoridades. Situaciones con las cuales nos sentimos identificados hoy día. London, por su parte, presenta una visión post apocalíptica del mundo. En 2013, 60 años después de que una peste, capaz de matar a una persona en 15 minutos sin que el enfermo

* Abogada por LUZ, Doctora en Estudios del Desarrollo y Magíster en Planificación del Desarrollo por el Cendes-UCV. Profesora-investigadora y jefa del Área Desarrollo y Salud del Cendes. Miembro del Comité Editor de la Revista *Cuadernos del Cendes*.

Correo-e: andydelgadob@gmail.com Correo-e: andydelgadob@gmail.com.

supiera de su estado hasta que era demasiado tarde, el último sobreviviente, le cuenta a cuatro de sus nietos –niños salvajes, que no saben leer ni escribir y viven del pastoreo, la caza y la pesca, en un ambiente de tribus– el horror ante la inminencia de las muertes y de las multitudes enloquecidas que, sin freno alguno, queman y saquean.

La Peste de Camus va más allá de lo precisi3n descriptiva de Defoe en Londres o de la desesperanza de London, ante lo que ubica en California y el resto de los EEUU. Así lo han entendido tanto los lectores como el mundo editorial, desde su primera publicaci3n en 1947, cuando fue un 3xito de ventas, obtuvo el Premio de los Críticos y en *Le Monde* se le consideró uno de los libros del a3o, con ediciones periódicas desde entonces.

Alberto Camus fue un escritor francés, nacido en Argelia, que casi diez a3os despu3s de publicar esta obra recibiría el Premio Nobel de Literatura. Un intelectual que, acuciado por los grandes problemas de su 3poca, se comprometió en hacerles frente y denunciarlos, para lo cual asumió posiciones incómodas que le condenaron al ostracismo por parte del *status quo*. Los norteamericanos bombardearon Hiroshima y al día siguiente, su voz se alzó desde Combat con una editorial que, frente al silencio de sus contemporáneos, condenaba los hechos. Ante la justicia por propia mano de la poblaci3n francesa con los colaboracionistas, en la que se ajustició a los hombres y rapó a las mujeres, se opuso; con la pena de muerte, igual. Conocida la realidad de los *Gulabs* soviéticos se atrevió a criticar a Stalin, endiosado por los intelectuales de la 3poca. Su compromiso con los débiles y «los que sufren la historia» fue independiente de cualquier posicionamiento ideológico; su condena a las injusticias y desigualdades apartó el maniqueísmo de izquierda y de derecha. Fue un escritor comprometido, sí, pero también un hombre de acci3n que, sin dejar de reflexionar, de cuestionar, se hizo parte de la Resistencia y, con ello, puso en peligro su vida; es de este compromiso de donde surgen las ideas de *La Peste*.

Para quienes hemos releído esta obra varias veces, dos de ellas, entre 2020 y 2021, es siempre descubrir un libro nuevo, porque lo que define la permanencia de *La Peste* en el tiempo es su doble tema de fondo; por una parte, la alegoría contra los totalitarismos y por la otra, la inmanencia de la bondad en el ser humano; en este caso, bajo el signo de la solidaridad y la honestidad, frente al mal y el egoísmo.

El argumento de la obra es sencillo. En una ciudad argelina, en un a3o incierto de la década de los cuarenta del siglo pasado, se desata una

plaga que diezma a la población, lo que exige providencias administrativas y sanitarias. Ganglios inflamados en cuello e ingles, fiebres altas, sudores, primero; luego pulmones congestionados, muerte segura a los pocos días. Ciudadanos asustados, autoridades escépticas, incertidumbre, caos, dolor y muerte.

Releer esta novela en marzo de 2021, cuando estamos en la tercera ola mundial del covid-19 y la segunda en Venezuela, es hacer un acercamiento menos simbólico y más próximo a nuestras vidas. Las semejanzas y coincidencias con lo que viene sucediendo a nivel mundial, desde el año pasado hasta el momento de escribir estas líneas, son un llamado a la reflexión y a la interpelación de ciudadanos y gobernantes. No en vano las ventas de esta novela se dispararon en 2020, al punto que la editorial *Penguin Random House* se hizo con los derechos para su publicación digital en español, por una suma que no ha salido a la luz.

La Peste llega a la ciudad de Orán el 16 de abril, cuando aparece la primera rata muerta en el descansillo de la escalera del Dr. Bernard Rieux, personaje central de la novela, quien, al igual que sus conciudadanos, la prensa y las autoridades piensa que el peligro es irreal. Pese a las evidencias objetivas, el reconocimiento de la existencia de la plaga y la actuación en consecuencia, con medidas preventivas y el decreto de estado de alarma, no fue prioritario. Las primeras iniciativas para hacerle frente al mal son individuales; lo que priva es la reticencia de las autoridades de nombrarlo por su nombre y tomar medidas que, por sus implicaciones, podían afectar la actividad económica de la ciudad. La consigna era «obremos rápido, pero en silencio». Un poderoso ejemplo de esto, lo vemos en el diálogo entre el Jefe de policía y el Dr. Rieux:

-Dígame la verdad: ¿Está seguro de que es una peste?

-No es una cuestión de vocabulario, es una cuestión de tiempo, responde el médico.

El diálogo anterior luce tan actual como para demandarse porqué fue el 11 de marzo de 2020, más de tres meses después de conocerse los primeros casos y ver su rápida propagación, cuando la Organización Mundial de la Salud asumió pública y tardíamente, según algunos actores calificados, que se estaba frente a una pandemia que habría de cobrarse más de tres millones de vidas en todo el mundo.

No es solo la molición de las autoridades lo que nos indigna en la novela de Camus, sino que vivimos como propios la ausencia del suero para hacer atender los síntomas y sanar a los enfermos; las medidas

sanitarias, el cerco epidemiológico, con el consecuente cierre de fronteras y puertos; la incredulidad de la población, las conjeturas sobre la duración del confinamiento, la separación de amantes y familiares, el dolor ante las pérdidas; los entierros apresurados, sin pompas fúnebres, ni deudos; los costos emocionales derivados del encierro, el miedo al contagio, la mutación del virus y de los síntomas de la enfermedad, la lucha de los médicos y de unos pocos para hacer frente a la peste. Hoy día, en los más variados confines del mundo, la enfermedad, el exilio, el confinamiento, la separación son realidades. Todo lo narrado en *La Peste* nos es tan cercano que nos preguntamos cómo pudo el autor francés recrear esos sucesos y, más allá, seguir interpelándonos existencialmente casi ochenta años después, sobre cuál ha de ser nuestra actuación en tanto ciudadanos de ese Orán en el que nos encontramos.

Dejando de lado el sentido acuciante, de cercanía y urgencia, que sentimos cuando, en la actual coyuntura, nos adentramos en las páginas de esta novela, es preciso reflexionar sobre un segundo aspecto: ¿por qué pensamos en los modelos autoritarios cuándo leemos este libro? Responder esto requiere, en primer lugar, situarse en el contexto en que se escribió la obra. El nazismo estaba en pleno auge en Europa, la ocupación alemana era un hecho, el colaboracionismo del Régimen de Vichy, otro. Se había perdido la República y, frente a eso, la resistencia francesa. En segundo lugar, porque como parte de esta última, el mismo autor, en escritos previos, se refería a los nazis, «como ratas», que asfixiaban y agredían; eran la peste «*brune*» que destruía las vidas e instituciones de aquellos que se les oponían.

Hacia finales de los años treinta del siglo XX, frente a las primeras manifestaciones del nazismo –la noche de los cristales rotos, el *Anschluss*, la ocupación de Checoslovaquia– tanto el pueblo alemán como las autoridades y ciudadanos de otros países parecieron no darse cuenta de la tragedia que se cernía sobre sus cabezas, el peligro de muerte y desastre total no les parecía real, no creían que les alcanzaría. Camus traza ese paralelismo en las páginas de *La Peste*. Ante la llegada silenciosa del mal, los ciudadanos, un término constante en la novela, parecen no darse cuenta de lo que sucede o no quieren verlo. Cada quien sigue con su vida, según como la entiende. Ese sentido de urgencia reflexiva, de anticipación ante señales objetivas e inconfundibles, hace de esta novela una obra de su tiempo: una metáfora contra los autoritarismos que supera cualquier etiqueta política o ideológica.

A través de la reiteración –las plagas– el autor nos dice que estas nos toman siempre desprevenidos y nos negamos a reconocer los hechos –pese a la claridad de sus signos y síntomas– en cualquier tiempo y espacio. En ese contexto, Camus no acusa, sino que sacude a sus lectores al ofrecer una de las imágenes más sugerentes del libro: «Las plagas, en efecto, son una cosa común, pero es difícil creer en las plagas cuando las ve uno caer sobre su cabeza».

Tony Judt, en el prólogo de la reedición de la novela publicada por *Penguin Books* en 2001, publicada luego en *The New York Review of Books*, afirma que el tema central de *La Peste* «No fue ‘el fascismo’ –un objetivo fácil– sino el dogma, el conformismo, la sumisión y la cobardía en todas sus formas de intersección pública». Los personajes camusianos nos hacen concordar con esta interpretación de Judt. Rieux, Grand, Tarrou, Cottard, Rambert, Richard, Castel y Paneloux nos muestran las diferentes formas de actuar frente a la plaga: los que creen poder vivir sin riesgos, siempre que colaboren; los que la aceptan sin más, sin luchar, como parte de un destino que ha de sufrirse y, los que, sin ambages, desde sus posiciones se juegan la vida para combatirla y buscar la cura.

Más allá de la lectura que se haga de *La Peste* lo que está de fondo en esta propuesta, ayer y hoy, es cómo actuar ante un gran problema común, ¿cómo ejercer la ciudadanía?, ¿con coraje y solidaridad?, ¿con egoísmo?, ¿nos dejamos abatir por la desesperanza ante el avance del mal?, ¿apelamos a nuestra capacidad de organización como ciudadanos en aras del bienestar general? Rieux, el alter ego práctico de Camus en la novela, invoca la conciencia ciudadana: «Puede parecer una idea ridícula, pero la única manera de combatir la peste es la honestidad».

La voz de Camus llama a conjugar honestidad, solidaridad y responsabilidad en la actuación ciudadana, desde lo humanamente posible, en la búsqueda de soluciones, aun ante lo que puede ser inevitable; también alecciona para estar siempre alertas porque las plagas cualesquiera que estas sean, siempre están allí: «el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, puede permanecer dormido por décadas en los muebles y en las sábanas, aguardando pacientemente en los cuartos, los sótanos, los baúles, los pañuelos y papeles, y, quizás un día, solo para enseñarles a los hombres una lección y volverlos desdichados, la peste despertará a sus ratas y las enviará a morir en alguna ciudad feliz».